MANIFIESTO COMUNISTA

1 8 4 8 - 1 9 4 8

DE LA PRESENTE EDICION DEL CENTENARIO DEL *Manifiesto Comunista* SE HICIERON CIEN EJEMPLARES NUMERADOS DE 1 A 100, MÁS LOS EJEMPLARES DE REGISTRO LEGAL Y LOS DESTINADOS AL USO INTERNO DE LA EDITORIAL, QUE LLEVAN NUMERACIÓN ROMANA. EL TEXTO FUÉ COMPUESTO CON CARACTERES DE MONOTIPIA, IMPUESTO EN PLIEGOS DE OCHO PÁGINAS E IMPRESO EN PAPEL DE TINA DE FABRICACIÓN NORTEAMERICANA. TODOS LOS EJEMPLARES LLEVAN EN EL FRONTISPICIO UNA PRUEBA ORIGINAL DEL MEDALLÓN CON LOS RETRATOS DE MARX Y ENGELS, GRABADO EN TALLA DULCE, EXCLUSIVAMENTE PARA ESTA EDICIÓN LIMITADA PARA LOS BIBLIÓFILOS Y DE LA CUAL NO SE HARÁ NINGUNA TIRADA APARTE.

Este ejemplar lleva el número

37

Editor responsable: LAÍN DIEZ



Carlos Marx
1818 - 1883

Federico Engels
1820 - 1895

MARX Y ENGELS

MANIFIESTO COMUNISTA

1848-1948

Traducción del alemán
por
MAURICIO AMSTER

EDICION DEL CENTENARIO

Babel

SANTIAGO DE CHILE, 1948

I N D I C E

PREFACIOS

I

LA «Liga de los Comunistas», asociación internacional de trabajadores, que en aquellas circunstancias no podía ser, como se comprenderá, sino secreta, encomendó a los suscritos, en el Congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, la redacción y publicación de un detallado programa teórico y práctico del Partido. Así nació el Manifiesto que sigue, y cuyo manuscrito fué enviado para su impresión a Londres, pocas semanas antes de la Revolución de Febrero. Publicado primeramente en alemán, fué reproducido en este idioma en Alemania, Inglaterra y Norteamérica, en por lo menos doce ediciones diferentes. En inglés apareció, primero, en 1850, en el *Red Republican* de Londres, traducido por Miss Helen Macfarlane y en Norteamérica en 1871, en tres versiones distintas. La primera traducción francesa se publicó en París poco antes de la Insurrección de Junio de 1848, y recientemente en *Le Socialiste* de Nueva York. Se está preparando una traducción nueva. Poco después de la primera edición alemana fué publicado en Londres en idioma polaco. En ruso apareció en Ginebra, en la década del sesenta. A poco de aparecer se tradujo, asimismo, al danés.

Por mucho que hayan cambiado las circunstancias en los últimos veinticinco años, los principios generales expuestos en este Manifiesto conservan todavía, en conjunto, toda su validez. Habría que corregir algunos detalles. La aplicación práctica de estos principios, según lo declara el propio Manifiesto, dependerá en todas partes y en todo tiempo de las condiciones históricas existentes y de ahí que de ningún modo se atribuya mayor importancia a las medidas revolucionarias propuestas al final del capítulo II. Ese pasaje sería redactado hoy, en más de un aspecto, de muy distinto modo. Frente al inmenso desarrollo que la gran industria ha experimentado en los últimos veinticinco años, tiempo durante cuyo curso la clase obrera se ha organizado en un partido que progresa al ritmo de la gran industria; frente también a las experiencias prácticas de la Revolución de Febrero en primer lugar y más tarde, y con mayor razón, de la Comuna de París, en que por primera vez el proletariado mantuvo el poder político durante dos meses, este programa resulta hoy parcialmente anticuado. La Comuna, en particular, ha aportado la prueba de que «la clase obrera no puede tomar, simplemente, posesión de la máquina ya expedita del Estado y ponerla en marcha para sus propios fines.» Por otra parte, la crítica de la literatura socialista resulta hoy evidentemente

incompleta, ya que sólo llega hasta 1847; del mismo modo, las observaciones acerca de la actitud de los comunistas frente a los diversos partidos de oposición (capítulo IV), aunque todavía válidas en sus trazos fundamentales, aparecen hoy caducas en su exposición por el mero hecho de haberse modificado totalmente la situación política y porque el desenvolvimiento histórico ha puesto fin a la mayor parte de los partidos allí enumerados.

Con todo, el Manifiesto es un documento histórico y no nos sentimos autorizados para enmendarlo. Quizá una edición posterior aparezca acompañada de una introducción que salve el intervalo que va desde 1847 hasta la fecha; la presente publicación nos llegó demasiado inesperadamente y no nos dió tiempo para ello.

Londres, 24 de junio de 1872.

CARLOS MARX FEDERICO ENGELS

II

DESGRACIADAMENTE, he de firmar solo el prefacio para esta edición. Marx, el hombre a quien la clase obrera de Europa y de América debe más que a ningún otro, reposa en el cementerio de Highgate y sobre su tumba crece ya

el primer césped. Muerto él, no puede pensarse siquiera en modificar o completar el Manifiesto. Más necesario, a mi juicio, es que recuerde, explícitamente y una vez más, lo siguiente:

La idea fundamental y sostenida del Manifiesto, de que la producción económica y la estructura social determinada por ella, forman, en cada época histórica, la base de la historia política e intelectual de esa época; que, por consiguiente (y a partir de la abolición de la primitiva propiedad común de la tierra), toda la historia ha sido una historia de luchas de clases, luchas entre clases explotadas y explotadoras, dominadas y dominantes, en los diversos grados del desarrollo social; que esta lucha, empero, ha alcanzado hoy un grado en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede librarse de la clase que la explota y oprime (la burguesía) sin librar al mismo tiempo y para siempre a la sociedad entera de la explotación, la opresión y la lucha de clases — esta idea fundamental pertenece única y exclusivamente a Marx*.

* En el prefacio a la traducción inglesa puse la nota siguiente: «A mi parecer, esta idea significará para la ciencia histórica el mismo progreso que la teoría darwiniana ha significado para la historia natural. Ambos llegamos a esta idea poco a poco, ya varios años antes de 1845. Mi libro sobre *La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra* muestra hasta donde había llegado yo mismo en este sentido. Pero

Lo he expresado en muchas ocasiones; pero precisamente ahora es menester que figure a la cabeza del Manifiesto.

Londres, 28 de junio de 1883.

F. ENGELS

III

ESCRITAS las líneas precedentes se hizo necesaria una nueva edición alemana del Manifiesto. Se han producido, en relación con el Manifiesto, algunos hechos que interesa recordar aquí.

En 1882 apareció en Ginebra una segunda traducción rusa, hecha por Vera Zasulich. Marx y yo redactamos el prefacio. Desgraciadamente se extravió el manuscrito alemán original y debo retraducirlo del ruso, lo cual no beneficiará nuestro trabajo. He aquí aquel prefacio:

«La primera edición rusa del Manifiesto Comunista, traducida por Bakunin, apareció poco después de 1860, en la imprenta del *Kolokol.* En ese entonces una edición

cuando me encontré de nuevo con Marx en Bruselas, en la primavera de 1845, éste la había elaborado completamente y me la expuso en términos casi tan claros como los del resumen que figura más arriba.» [*Nota de F. Engels.*]

rusa de esta obra no era, en Occidente, más que una curiosidad literaria. Hoy no ocurre lo mismo. El capítulo final acerca de la «actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición», basta para demostrar cuan reducido era el terreno en que se propagaba el movimiento proletario. Choca especialmente la falta de toda mención a Rusia y a Estados Unidos. Y es que en aquel tiempo Rusia formaba la última poderosa reserva de la reacción europea, en tanto que la emigración a Estados Unidos absorbía el exceso de fuerzas del proletariado europeo. Ambos países eran, a la vez que proveedores de materias primas a Europa, mercados para sus productos industriales. De manera que en un sentido u otro estos países constituían un apoyo para el orden social europeo.

¡Cómo han cambiado los tiempos! La emigración europea ha facilitado, precisamente, el prodigioso desarrollo de la agricultura norteamericana, cuya competencia ha sacudido hasta en sus cimientos a la grande y la pequeña propiedad europea. Al mismo tiempo ha colocado a Estados Unidos en condiciones de emprender la explotación de sus inmensos recursos industriales, pero con tal energía y en tan vasta escala que el monopolio industrial de Europa Occidental no tardará en desaparecer. Estos hechos tienen, a su vez, una repercusión revolucionaria en Norteamérica: la pequeña y la mediana pro-

piedad rural de los *farmers* que trabajan la tierra personalmente, base del orden político norteamericano, sucumbe más y más a la competencia de las haciendas gigantescas y en los distritos industriales fórmase, cosa jamás vista, un nutrído proletariado junto a una concentración fabulosa de capital.

Pasemos a Rusia. Al producirse la Revolución de 1848 - 1849, los burgueses, al igual que los monarcas de Europa, vieron en la intervención rusa el medio de salvarse de un proletariado que comenzaba a cobrar conciencia de su fuerza. Estuvieron de acuerdo en poner al Zar a la cabeza de la reacción europea. Ahora está en Gatchina, prisionero de la revolución; y Rusia forma la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa.

La tarea del Manifiesto Comunista era anunciar la inevitable e inminente decadencia de la propiedad burguesa. Pero en Rusia, al lado del capitalismo que se desarrolla febrilmente y de la propiedad rural burguesa, apenas constituída, nos encontramos con un comunismo rural que se extiende por más de la mitad del territorio.

Ahora bien: esta comunidad campesina rusa, el *mir*, en que volvemos a encontrar, si bien en una forma muy degenerada, la primitiva comunidad del suelo, ¿permite pasar directamente a una forma comunista superior de la

propiedad rural? ¿O bien tendrá que sufrir antes el mismo proceso de disolución que aparece en el desenvolvimiento histórico del Occidente? He ahí la cuestión. La única respuesta que puede dársele hoy, es esta:

Si llega a ocurrir que la revolución rusa dé la señal para una revolución obrera en Occidente, de modo que las dos revoluciones se completen, el comunismo rural de la Rusia actual, el actual *mir* ruso, podrá servir de punto de partida para una revolución comunista».

Londres, 21 de Enero de 1882.

Por aquel entonces apareció en Ginebra una traducción polaca, con el título de *Manifest Kommunistyczny*.

Una nueva traducción danesa se publicó en la *Social-democratisk Bibliothek* de Copenhague, en 1885. Desgraciadamente está incompleta. Algunos pasajes esenciales, que parece causaron dificultades a los traductores, fueron omitidos. Aquí y allá se notan negligencias cuyo efecto es tanto más deplorable cuanto que el trabajo es, sin duda, de un hombre que con un poco más de cuidado habría podido ofrecer una traducción excelente.

En 1882 apareció una nueva traducción francesa en *Le Socialiste* de París. Es la mejor de cuantas se habían publicado hasta la fecha.*

Después de ésta, pero en el mismo año, se imprimió una traducción española, primero en *El Socialista* de Madrid y más tarde en folleto bajo el título de *Manifiesto del Partido Comunista*, por Carlos Marx y F. Engels, Madrid, Administración de «El Socialista», Hernán Cortés, 8.

Añadiré, a título de curiosidad, que en 1887 fué ofrecido a un editor de Constantinopla el manuscrito de una traducción armenia. El buen hombre no tuvo el valor de imprimir un escrito firmado por Marx. Estimó que sería preferible que el propio traductor apareciese como autor del opúsculo. El traductor declinó la proposición.

En diversas oportunidades, varias traducciones americanas, más o menos inexactas, fueron reimpresas en Inglaterra. Una traducción auténtica apareció, finalmente, en 1888. Es de mi amigo Samuel Moore. La revisamos juntos antes de la impresión. Lleva por título: *Manifesto of the Communist Party, by Karl Marx and Frederick Engels. Authorized English Translation, edited and annotated by Frederick Engels, 1888. London, William Reeves, 185, Fleetstreet, E. C.*

* Trátase de la versión de Laura Lafargue, revisada por Engels. [*Nota del traductor.*]

En la presente edición he reproducido muchas de las notas añadidas a esa edición inglesa.

El Manifiesto ha tenido vida propia. Recibido con entusiasmo en el momento de su aparición por la vanguardia entonces aún poco numerosa del socialismo científico (como lo prueban las traducciones citadas en el primer prefacio), fué pronto relegado a segundo término por la reacción que siguió a la derrota de los obreros parisienses en junio de 1848, y finalmente proscrito «por la justicia» a raíz de la condena de los comunistas de Colonia en noviembre de 1852. Con la desaparición de la escena pública del movimiento obrero iniciado con la Revolución de Febrero, también el Manifiesto pasó a segundo término.

Cuando la clase obrera volvió a fortalecerse lo suficiente para una nueva arremetida contra el poderío de las clases dominantes, se formó la Asociación Internacional de Trabajadores, que tenía por objeto reunir a todos los obreros combativos de Europa y de América en un gran cuerpo de ejército. Necesitaba un programa que dejara abierta la puerta a las *trade-unions* inglesas, a los proudhionanos franceses, belgas, italianos y españoles, y a los lassallianos alemanes.* Este programa — las con-

* El propio Lassalle nunca ha dejado de decirse *discípulo* de Marx en el curso de sus relaciones con nosotros y se sobreentiende que se

sideraciones a los estatutos de la Internacional — fué redactado por Marx con una maestría reconocida hasta por Bakunin y los anarquistas. Para el triunfo definitivo de las tesis expuestas en el Manifiesto, Marx confiaba única y exclusivamente en el desarrollo intelectual de la clase obrera que debía producirse tanto por la comunidad de acción conjunta como por la discusión. Los acontecimientos y las vicisitudes de la lucha contra el capital, y las derrotas, más todavía que los éxitos, demostrarían a los combatientes la insuficiencia de las panaceas hasta entonces empleadas y les tornarían más accesibles a una comprensión exacta de las verdaderas condiciones de la emancipación obrera. Y Marx tenía razón. La clase obrera de 1874, fecha de la disolución de la Internacional, era muy diferente de la de 1864, año de su fundación. El proudhonismo en los países latinos y el lassallismo propiamente dicho en Alemania, estaban extinguiéndose, y hasta las *trade-unions* inglesas, entonces ultra conservadoras, derivaban poco a poco hacia el momento en que el presidente de su congreso en Swan-

colocaba sobre el terreno del Manifiesto. No así aquellos de sus partidarios que no pasaron más allá de su programa de cooperativas comanditadas por el Estado, y que dividían a la clase obrera en dos categorías: los que demandan la ayuda del Estado y los partidarios del *self-help*. [*Nota de F. Engels.*]

sea pudiera decir, en nombre de ellas: «El socialismo continental ha dejado de ser un espantajo para nosotros». Pero del socialismo continental apenas quedaba, en 1887, otra cosa que la teoría enunciada en el Manifiesto. De este modo la historia del Manifiesto refleja hasta cierto grado la historia del movimiento obrero moderno a partir de 1848. Actualmente es, sin lugar a dudas, la obra más difundida, la más internacional de toda la literatura socialista, el programa común de muchos millones de obreros de todos los países, desde Siberia hasta California.

Y, sin embargo, cuando apareció, no habríamos podido titularlo Manifiesto *socialista*. En 1847 se comprendía, bajo el nombre de socialistas, a dos clases de gente. Por un lado, a los partidarios de los diversos sistemas utópicos, en particular a los owenistas en Inglaterra y a los fourieristas en Francia, ya entonces reducidos a simples sectas moribundas. Por el otro, a los curanderos sociales más heterogéneos, que con panaceas variadas y remiendos de toda índole pretendían suprimir los abusos sociales sin tocar en lo más mínimo al capital ni al beneficio. En ambos casos se trataba de gente colocada al margen del movimiento obrero y que buscaba, más que otra cosa, el apoyo de las clases «cultas». En cambio, aquel sector obrero que, convencido de la insuficien-

cia de las simples subversiones políticas, exigía una transformación fundamental de la sociedad, se llamaba entonces *comunista*. Era un comunismo en bruto, instintivo, grosero a veces, pero suficientemente pujante como para engendrar dos sistemas de comunismo utópico: en Francia el «icariano» de Cabet, y en Alemania el de Weitling. Socialismo significaba, en 1847, un movimiento burgués; comunismo, un movimiento obrero. El socialismo era, al menos en el continente, presentable en los salones; el comunismo, no. Y puesto que ya en aquel entonces ambos opinábamos muy decididamente que la «emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos». no pudimos vacilar ni por un instante en cuanto a cuál de las dos denominaciones íbamos a escoger. Y jamás, desde entonces, se nos ha ocurrido desestimarla.

«¡Proletarios de todos los países, uníos!» Sólo escasas voces nos respondieron cuando — hace ya cuarenta y dos años y en vísperas de la primera revolución parisiense, en la cual el proletariado se presentó con reivindicaciones propias — lanzamos estas palabras al mundo. Pero el 28 de septiembre de 1864 los proletarios de la mayor parte de los países de Europa occidental se congregaron en la Asociación Internacional de Trabajadores, de gloriosa memoria. La propia Internacional vivió, es

cierto, sólo nueve años. Pero la unión perenne que estableció entre los proletarios de todos los países, existe todavía, más pujante que nunca, y para ello ninguna prueba mejor que la jornada de hoy. Porque hoy, mientras escribo estas líneas, el proletariado europeo y americano pasa revista a sus fuerzas movilizadas por vez primera, y movilizadas como un ejército, bajo una bandera y para un fin inmediato: la fijación legal de la jornada normal de ocho horas, proclamada en 1866 por el Congreso de la Internacional en Ginebra y nuevamente, en 1889 por el Congreso de Trabajadores celebrado en París. Y el espectáculo del día de hoy demostrará a los capitalistas y a los terratenientes de todos los países que los proletarios de todos los países están realmente unidos.

¡Ojalá estuviera Marx a mi lado para verlo con sus propios ojos!

Londres, 1.° de mayo de 1890.

F. Engels

MANIFIESTO COMUNISTA

UN FANTASMA ronda por Europa: el fantasma del Comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han confabulado en santa jauría contra este fantasma: el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los policías germanos.

¿Qué partido de oposición no ha sido denigrado como comunista por sus adversarios dueños del poder? Y, a su vez, ¿qué partido de oposición no ha lanzado, tanto a sus opositores más avanzados como a sus enemigos reaccionarios, el denuesto infamante de comunismo?

De ahí se desprenden dos lecciones:

A estas alturas todas las potencias europeas reconocen el comunismo como una potencia.

Es hora ya de que los comunistas den a conocer al mundo, abiertamente, su modo de pensar, sus fines y sus tendencias; que opongan

a la fábula del fantasma del comunismo un manifiesto del Partido.

Con este propósito se han reunido en Londres comunistas de las más diversas nacionalidades y redactado el siguiente Manifiesto, que se publicará en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

I

BURGUESES Y PROLETARIOS

LA HISTORIA de toda sociedad hasta nuestros días*, es la historia de la lucha de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos, maestros y compañeros, en una palabra, opresores y oprimidos, han estado enfrentándose unos a otros en un constante antagonismo y mantenido una lucha ininterrum-

* Propiamente hablando, la historia *escrita*. En 1847, la prehistoria de la sociedad, la organización social que precedió a toda la historia escrita, era poco menos que desconocida. Desde entonces Haxthausen descubrió la propiedad colectiva de la tierra en Rusia. Maurer demostró que era la base social de que procedían históricamente todas las tribus germanas, y poco a poco se ha ido descubriendo que las comunas rurales con propiedad colectiva de la tierra eran la forma primitiva de la sociedad desde la India hasta Irlanda. Por último, la organización interna de esa sociedad comunista primitiva ha quedado explicada en su forma típica con el descubrimiento concluyente de Morgan que reveló la verdadera naturaleza de la *gens* y de su lugar en la tribu. Con la disolución de esas comunidades primitivas comienza la división de la sociedad en clases distintas y finalmente opuestas. [*Nota de F. Engels.*]

pida, ora disimulada, ora abierta, lucha que siempre ha terminado en una transformación revolucionaria de la sociedad entera, o en la destrucción de ambas clases en pugna.

En anteriores épocas de la historia encontramos en todas partes una división completa de la sociedad en clases diversas, una gradación múltiple de las condiciones sociales. En la antigua Roma tenemos patricios, équites, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, compañeros y siervos; y dentro de cada clase, nuevas gradaciones específicas.

La moderna sociedad burguesa, surgida del ocaso de la sociedad feudal, no ha suprimido los antagonismos de clase. Sólo estableció, en lugar de las antiguas, nuevas clases, nuevas condiciones de opresión y nuevas formas de lucha.

No obstante, nuestra época, la época de la burguesía, se distingue por haber simplificado los antagonismos de clase. La sociedad se divide más y más en dos grandes campos enemigos,

en dos clases directamente opuestas: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los pecheros de las primeras ciudades; de este villanaje salieron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación del Africa abrieron a la naciente burguesía un nuevo campo. Los mercados de la India y de la China, la colonización de América, el trueque con las colonias, el aumento de los medios de cambio y de mercancías, dieron al comercio, a la navegación y a la industria un auge jamás conocido, favoreciendo un rápido desarrollo del elemento revolucionario dentro de la sociedad feudal en descomposición.

La producción feudal o gremial de la industria no era suficiente ya para satisfacer la demanda incrementada por los nuevos mercados. Fué reemplazada por la manufactura. Los maestros gremiales fueron desalojados por la clase media industrial; la división del trabajo entre las diver-

sas corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el mismo taller.

Mas los mercados continuaron creciendo y la demanda hízose cada vez mayor. La manufactura tampoco bastaba ya. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. El lugar de la manufactura fué ocupado por la gran industria moderna; la clase media industrial fué suplantada por los millonarios industriales, jefes de ejércitos enteros de trabajadores: los burgueses modernos.

La gran industria creó el mercado mundial preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial facilitó un desarrollo inmenso al comercio, a la navegación y a las comunicaciones terrestres. Este, a su vez, repercutió sobre la expansión de la industria y, en la misma medida en que se estaban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término todas las clases transferidas por la Edad Media.

De este modo vemos que la propia burguesía moderna es producto de un largo desenvolvimiento, de una serie de revoluciones en los medios de producción y de comunicación.

Cada fase del desenvolvimiento de la burguesía ha estado acompañada del correspondiente progreso político. Clase oprimida bajo los señores feudales; asociación armada y con administración propia en la comuna*; acá, república urbana independiente; allá tercer estado tributario de la monarquía; más tarde, en la época de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías constitucionales o absolutas; piedra angular de las grandes monarquías en general, la burguesía, una vez constituídos la gran industria y el mercado mundial, recaba finalmente el poder político exclusivo. El Poder en el Estado moderno, es tan sólo un consejo de administración de los negocios de la clase burguesa.

* Los habitantes de las ciudades de Italia y de Francia denominaban así su sistema municipal, una vez adquiridos o arrebatados a sus señores feudales los primeros derechos a la administración autónoma. [*Nota de F. Engels.*]

La burguesía ha desempeñado en la Historia un papel altamente revolucionario.

Dondequiera que ha conquistado el poder, ha destruído todas las relaciones feudales, patriarcales e idílicas. Ha roto sin piedad todos los abigarrados lazos del feudalismo que ataban al hombre a su superior natural, sin dejar subsistir otro vínculo entre hombre y hombre que el desembozado interés, el inflexible «pago al contado». Ha ahogado los sagrados estremecimientos del éxtasis devoto, de la exaltación caballeresca, del sentimentalismo pequeñoburgués, en el agua helada del cálculo egoísta. Ha reducido la dignidad personal a un valor de cambio y en lugar de los incontables fueros y libertades caramente adquiridos introdujo la única libertad de comercio sin escrúpulos. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y sin remilgos.

La burguesía ha despojado de su nimbo a todas las actividades hasta entonces venerables y

consideradas con respetuosa devoción. Ha convertido al médico, al jurisconsulto, al fraile, al poeta y al hombre de ciencia, en jornaleros suyos.

La burguesía ha arrancado el velo sentimental a las relaciones de familia reduciéndolas a meras relaciones de dinero.

La burguesía vino a demostrar cómo el alarde de la fuerza bruta, que la reacción tanto admira en la Edad Media, encuentra su complemento adecuado en la poltronería más indolente. Ha sido la primera en demostrar lo que la actividad humana es capaz de llevar a cabo. Ha producido maravillas muy superiores a las pirámides egipcias, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas y ha efectuado movimientos más grandiosos que las migraciones de los pueblos y las Cruzadas.

La burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción, es decir, las condiciones de producción, o sea, todas las relaciones sociales. El manteni-

miento invariable del antiguo modo de producir era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales del pasado. Los continuos cambios en la producción, el incesante sacudimiento de todas las relaciones sociales, la eterna incertidumbre y agitación, destacan a la época burguesa entre todas las anteriores. Todas las relaciones tradicionales e inveteradas, con su secuela de credos e ideas venerables quedan disueltas, y las que las reemplazan caducan antes de cuajarse. Todo lo establecido se va desvaneciendo; todo lo sacro es profanado, y los hombres se ven finalmente obligados a contemplar sus condiciones de vida y sus relaciones recíprocas en toda su desnudez.

La urgencia de mercados nuevos, cada vez más extensos, para sus productos, impulsa a la burguesía a recorrer el globo entero. Necesita penetrar en todas partes, instalarse en todos los lugares, establecer comunicaciones por doquier.

Al explotar el mercado mundial, la burguesía ha conferido carácter cosmopolita a la produc-

ción y al consumo de todos los países. Con gran pesar de los reaccionarios, desarraigó a la industria del suelo nacional. Las antiquísimas industrias nacionales han quedado destruídas y continúan siéndolo día a día. Son desplazadas por industrias nuevas, cuya introducción representa un problema vital para todas las naciones civilizadas, industrias que elaboran no ya las materias primas aborígenes sino aquellas provenientes de las regiones más apartadas y cuyos productos manufacturados se consumen no sólo en el país sino en todas las partes del mundo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con la producción del país, surgen necesidades nuevas que reclaman para su satisfacción productos de las regiones más remotas y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y de la autarcía local y nacional, se introduce el tráfico universal y la interdependencia de las naciones. Y lo mismo que en la producción material, ocurre en la espiritual. La producción intelectual de cada nación se convierte en bien común.

La estrechez y el particularismo nacionales resultan de día en día más imposibles y de todas las literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Con el rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y con las comunicaciones infinitamente más fáciles, la burguesía somete a la civilización hasta las naciones más bárbaras. La baratura de sus productos es su artillería gruesa, con la que echa abajo todas las murallas chinas y obliga a capitular a la xenofobia más bárbara y recalcitrante. Fuerza a todas las naciones a adoptar, so pena de sucumbir, los métodos de producción burgueses, y las obliga a aceptar la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra, se forja un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado ciudades enormes; ha aumentado grandemente la población urbana a expensas de la rural, sustrayendo así una parte considerable de la población a la estolidez de la

vida aldeana. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha hecho depender los pueblos bárbaros o semibárbaros de los civilizados, los pueblos campesinos de los burgueses, el Oriente del Occidente.

La burguesía restringe más y más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en pocas manos. Consecuencia forzosa de ello fué la centralización política. Provincias independientes, apenas aliadas entre sí, con intereses, leyes, gobiernos y aranceles distintos, fueron comprimidas en una nación, un gobierno, una ley, un interés nacional de clase y un sistema aduanero únicos.

En su dominio de clase, apenas centenario, la burguesía ha creado fuerzas productivas más gigantescas y de mayor envergadura que las creadas por todas las generaciones anteriores en conjunto. Subyugación de las fuerzas de la naturaleza; maquinaria; aplicación de la química a

la agricultura y a la industria; navegación a vapor; ferrocarriles; telégrafos eléctricos; roturación de continentes enteros; regulación de los ríos; poblaciones íntegras que surgen de la tierra como por sortilegio — ningún siglo anterior habría podido presentir que semejantes fuerzas productivas estuviesen latentes en el seno del trabajo social.

Hemos visto así que los medios de producción y de comunicación, sobre cuya base se formó la burguesía, fueron producidos dentro de la sociedad feudal. En una fase determinada del desarrollo de estos medios de producción, las condiciones de producción y de trueque de la sociedad feudal, es decir, la organización feudal de la labranza y de la manufactura, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Entorpecían la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romperlas y fueron rotas.

En su lugar penetró, con la dominación económica y política de la clase burguesa, la libre com-

petencia, con una constitución social y política correspondiente.

A nuestra vista se está produciendo un movimiento análogo. Las condiciones burguesas de producción y de comunicación, las relaciones burguesas de propiedad y toda la moderna sociedad burguesa que supo crear medios de producción y de comunicación tan prodigiosos, semeja ahora al brujo incapaz de dominar las fuerzas ocultas que evocara. Desde hace decenios, las historia de la industria y del comercio es nada más que la historia de la rebelión de las modernas fuerzas productivas contra las condiciones modernas de producción y las relaciones de propiedad, vitales ambas para la burguesía y su dominio. Basta citar las crisis económicas, cuya repetición periódica pone en tela de juicio y amenaza cada vez más la existencia de la clase burguesa toda. Durante las crisis económicas destrúyese regularmente no sólo gran parte de las mercancías producidas sino también de las fuerzas productivas creadas. Con las crisis estalla una epidemia so-

cial que en cualquier época anterior hubiera parecido un contrasentido: la epidemia de la sobreproducción. La sociedad se encuentra, súbitamente, relegada a un estado de barbarie momentánea; diríase que una plaga de hambre, o una guerra de exterminio universal, le ha cortado todos los abastecimientos; la industria y el comercio parecen aniquilados. ¿Y por qué? Porque la sociedad disfruta de demasiada civilización, demasiados medios de subsistencia, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar las relaciones burguesas de propiedad; al contrario, llegan a ser excesivamente poderosas para un régimen que sólo les significa un estorbo. Así, apenas las fuerzas productivas logran salvar este obstáculo, ponen en desorden a la sociedad burguesa entera y amagan la existencia de la propiedad burguesa. El sistema burgués resulta demasiado estrecho para contener la riqueza que ha creado. ¿Con qué medios se sobrepone la burguesía a las crisis? Por un lado,

con la destrucción forzada de una masa de fuerzas productivas; por otro, con la conquista de nuevos mercados y una explotación más intensiva de los antiguos. ¿Con qué medios, pues? Con la preparación de crisis más generales y más formidables, y con la reducción de los medios para prevenirlas.

Las armas de que se valió la burguesía para dar en tierra con el feudalismo, se vuelven ahora contra la burguesía misma.

Pero la burguesía no sólo ha forjado las armas que acarrean su muerte; ha engendrado también los hombres que han de manejar esas armas: los trabajadores modernos, los *proletarios*.

En la misma medida en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, se desarrolla también el proletariado, la clase de los trabajadores modernos, que subsisten únicamente mientras encuentran trabajo y que únicamente encuentran trabajo cuando éste incrementa el capital. Estos trabajadores, obligados a venderse al menudeo, son una mercancía como cualquier otro ar-

tículo de comercio y están, del mismo modo, expuestos a todas las vicisitudes de la competencia y a todas las fluctuaciones del mercado.

Con el progreso de la maquinaria y la división del trabajo, la labor del proletario ha perdido todo carácter independiente y, con ello, todo atractivo para el obrero. Este se convierte en un mero accesorio de la máquina, al que sólo se exige la manipulación más sencilla, más monótona y más fácil de aprender. Los desembolsos que ocasiona un trabajador se reducen, en consecuencia, y casi exclusivamente, a los alimentos que necesita para su manutención y propagación de su especie. Pero el precio de una mercancía y, por lo tanto, también el del trabajo, es igual a su coste de producción. Por consiguiente, cuanto más aborrecible se hace el trabajo, más exiguo resulta el salario. Es más: en la misma medida en que aumenta la maquinaria y la división del trabajo, aumenta también la masa del trabajo, ya con la prolongación de la jornada, ya con un mayor rendimiento exigido en un tiempo

dado, ya con la aceleración de la marcha de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitán de industria. Los trabajadores en masa, hacinados en la fábrica, son organizados militarmente. Como soldados rasos de la industria son puestos bajo la vigilancia de toda una jerarquía de oficiales y suboficiales. No son sólo esclavos de la clase burguesa ni del Estado burgués; día a día y a toda hora son esclavizados por la máquina, por el capataz y, sobre todo, por el propio y particular fabricante burgués. Este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto más abiertamente proclama el lucro como su objetivo.

Cuanta menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto más se desarrolla la industria moderna, más puestos masculinos del trabajo son ocupados por la mujer. Las diferencias de sexo y de edad dejaron de tener significación social para la clase trabajadora. Sólo

existen instrumentos de trabajo, cuyo coste varía según la edad y el sexo.

Apenas termina la explotación del obrero por el fabricante, no bien aquél recibe su salario en metálico, se arrojan sobre él los demás componentes de la burguesía: el dueño de la vivienda, el tendero, el prestamista, etc.

Las otrora pequeñas clases medias, los pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y agricultores, todas ellas son absorbidas por el proletariado, en parte porque su pequeño capital no es suficiente para la explotación de una gran industria y sucumbe a la competencia de capitalistas más grandes; en parte porque su destreza manual es anulada por los nuevos métodos de producción. Así, el proletariado se recluta en todas las clases de la población.

El proletariado pasa, en su desarrollo, por distintas fases. Su lucha contra la burguesía comienza con su existencia.

Al principio son los trabajadores aislados, más tarde los obreros de una fábrica, y después los

obreros del mismo ramo y localidad, los que se oponen al burgués aislado que les explota directamente. Dirigen sus ataques no sólo contra las condiciones burguesas de producción sino también contra los propios instrumentos de esa producción; destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, destrozan las máquinas, prenden fuego a las fábricas, se afanan por reconquistar la posición perdida del trabajador medioeval.

Durante esta fase los trabajadores forman una masa diseminada por todo el país y dividida por la competencia. La cohesión compacta de los trabajadores no es aún la consecuencia de su propia unidad; es el resultado de la unidad de la burguesía, que, para lograr sus objetivos políticos, debe y puede todavía poner en movimiento al proletariado entero. De modo que durante esta fase los proletarios no combaten a sus enemigos sino a los enemigos de sus enemigos, los residuos de la monarquía absoluta, terratenientes, burgueses no industriales, pequeños bur-

gueses. De esta suerte todo el movimiento histórico se concentra en las manos de la burguesía; toda victoria así obtenida es una victoria de la burguesía.

Pero el desarrollo de la industria no sólo incrementa el proletariado; lo concentra en masas, aumenta su fuerza y hace que éste la sienta más palpablemente. Los intereses, las condiciones de vida del proletariado, se igualan cada vez más a medida que la máquinaria va borrando más y más toda diferencia en el trabajo y reduce el salario, en todas partes, a un nivel igualmente bajo. La creciente competencia de los burgueses entre sí y las crisis económicas resultantes de ella, hacen fluctuar los salarios cada vez más. El constante perfeccionamiento de la maquinaria, cada vez más rápido, coloca al trabajador en una posición cada vez más precaria. Los choques aislados entre el obrero y el burgués adquieren más y más el carácter de conflicto entre dos clases. Los trabajadores empiezan por formar coaliciones contra los burgueses; se unen para defender

sus salarios. Llegan incluso a formar asociaciones permanentes para el aprovisionamiento en caso de rebeliones ocasionales. Acá y allá el conflicto estalla en motines.

De vez en cuando los obreros triunfan, pero se trata de triunfos efímeros. El resultado real de sus luchas no es el éxito inmediato sino una creciente unidad de los trabajadores. Esta unidad es favorecida por el desarrollo de los medios de comunicación que, producidos por la gran industria, ponen en contacto a los obreros de localidades diferentes. Este contacto es menester, precisamente, para centralizar los muchos conflictos locales de idéntico carácter en una lucha nacional, una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es lucha política. Y la unión que los burgueses de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en conseguir, la logran los proletarios modernos en pocos años gracias a los ferrocarriles.

Esta organización de los proletarios en clase y, por consiguiente, en partido político, es desbara-

tada a cada instante por la competencia entre los obreros mismos. Pero se rehace siempre de nuevo, más fuerte, más firme y más poderosa. Al aprovechar las disensiones internas de la burguesía, la obliga a reconocer, en forma de leyes, ciertos intereses de los trabajadores: así el *bill* de las diez horas en Inglaterra.

Las colisiones de la vieja sociedad fomentan en general y de diversos modos el desenvolvimiento del proletariado. La burguesía vive en un estado de guerra permanente: primero, contra la aristocracia; más tarde, contra las fracciones de la propia burguesía cuyos intereses se oponen al progreso de la industria; siempre, contra la burguesía de otros países. En todas estas luchas se ve impelida a apelar al proletariado, a recurrir a su ayuda, arrastrándolo al movimiento político. De suerte que ella misma proporciona al proletariado sus propios elementos de formación, es decir, las armas contra sí misma.

Además, como acabamos de ver, partes considerables de la clase dominante son arrojadas, por el

progreso de la industria, a las filas del proletariado, o por lo menos amenazadas en sus condiciones de vida. También ellas aportan al proletariado abundantes elementos de formación.

Finalmente, cuando la lucha de clases se aproxima a su momento decisivo, el proceso de disolución que obra en el seno de la clase dominante y de toda la vieja sociedad, cobra un carácter tan violento y tan agudo, que una pequeña fracción de la clase dominante reniega de ella y se une a la clase revolucionaria, clase que tiene el porvenir en sus manos. Y del mismo modo que en otro tiempo una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, así una parte de la burguesía se pasa ahora al proletariado, sobre todo aquella parte de los ideólogos burgueses que llegan a la comprensión teórica de todo el movimiento histórico.

De todas las clases que actualmente hacen frente a la burguesía, sólo el proletariado es una clase realmente revolucionaria. Las demás clases degeneran y fenecen con la gran industria; el proletariado es su producto más genuino.

Las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, todos ellos combaten a la burguesía para salvar de la ruina su existencia como clase media. De manera que no son revolucionarias sino conservadoras. Es más: son reaccionarias: pretenden que la rueda de la Historia gire hacia atrás. Cuando son revolucionarias, lo son en vista de su inminente caída en el proletariado; defienden así sus intereses futuros y no los actuales; abandonan su propio punto de vista para asumir el del proletariado.

La canalla proletaria, esa podre pasiva de los más bajos fondos de la vieja sociedad, se ve ocasionalmente arrastrada al movimiento por una revolución obrera; a juzgar por todas las circunstancias de su existencia, será más bien propensa a venderse a los manejos reaccionarios.

Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya destruídas en las condiciones de existencia del proletariado. El proletario no tiene propiedad; sus relaciones con la mujer y los hi-

jos no tienen nada de común con las relaciones de familia burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno avasallamiento por el capital, lo mismo en Inglaterra que en Francia, en Norteamérica que en Alemania, le han despojado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral y la religión son para él otros tantos prejuicios burgueses, tras los cuales se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado se adueñaron del poder, trataron de consolidar la posición conquistada sometiendo la sociedad entera a las condiciones de su conquista. Los proletarios pueden adueñarse de las fuerzas productivas de la sociedad únicamente aboliendo su modo de apropiación peculiar y por ende todo modo de apropiación practicado hasta la fecha. Los proletarios no tienen nada suyo que salvaguardar; tienen que destruir todas las garantías privadas, todas las seguridades privadas existentes.

Todos los movimientos habidos hasta ahora han sido movimientos de minorías o en prove-

cho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento espontáneo de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, la capa más baja de la sociedad actual, no puede levantarse ni erguirse sin hacer saltar todas las capas superpuestas que constituyen la sociedad oficial.

De primera intención la lucha del proletariado contra la burguesía es, por su forma, aunque no por su contenido, una lucha nacional. El proletariado de cada país debe, naturalmente, acabar primero con su propia burguesía.

Al trazar las bases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos latente en el seno de la vieja sociedad, hasta el punto en que estalla en una revolución abierta y en que el proletariado, una vez derrocada violentamente la burguesía, establece su poder.

Como hemos visto, toda sociedad, hasta nuestros días había descansado en el antagonismo entre las clases opresoras y oprimidas. Mas para

poder oprimir a una clase han de garantizársele las condiciones dentro de las cuales pueda al menos vivir en la esclavitud. El siervo llegó a ser miembro de la comuna en el régimen de servidumbre, igual que el pechero llegó a ser burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El trabajador moderno, al contrario, en lugar de ascender con el progreso de la industria, se hunde cada vez más por debajo de las condiciones de su propia clase. El obrero se convierte en indigente y el pauperismo crece aún más de prisa que la población y la riqueza. Resulta evidente que la burguesía es incapaz de permanecer por más tiempo como clase dominante de la sociedad, ni de imponer a la sociedad, como normas legales, las condiciones de vida de su clase. Es incapaz de gobernar porque es incapaz de asegurar la existencia de su esclavo incluso dentro de la esclavitud, porque está forzada a dejarle decaer hasta el punto de tener que alimentarle en lugar de hacerse alimentar por él. La sociedad no puede seguir viviendo bajo su dominación; su

existencia es incompatible con la existencia de la sociedad.

La condición esencial para la existencia y la dominación de la clase burguesa es la acumulación de riquezas en manos particulares, la formación y la multiplicación del capital; la condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente en la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía es exponente involuntario y pasivo, sustituye el aislamiento de los trabajadores, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía la misma base sobre la que produce y se apropia los productos. Produce, antes que nada, sus propios sepultureros. Su caída y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.

II

PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿CUÁL es la relación entre los comunistas y los proletarios en general?

Los comunistas no son, frente a otros partidos proletarios, un partido extraño.

No tienen intereses separados de los del conjunto del proletariado.

No formulan principios extraños sobre los cuales quisieran modelar el movimiento proletario.

Los comunistas se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, destacan y hacen valer, en las diversas luchas de los proletarios, los intereses comunes de todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y por otra, en que, a lo largo de las diversas fases del desenvolvimiento por que atraviesa la lucha entre el proletariado y la burguesía, defienden siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

De manera que los comunistas son, en el aspecto práctico, la fracción más resuelta y más pujante de los partidos obreros de todos los países; en el teórico tienen, respecto del resto de la masa proletaria, la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El propósito inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los partidos proletarios: formación del proletariado en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado.

Las proposiciones teóricas de los comunistas no descansan en modo alguno sobre ideas o principios inventados o descubiertos por tal o cual redentor del mundo.

Son únicamente la expresión general de las condiciones efectivas de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se desarrolla a nuestra vista. La abolición de las relaciones de propiedad, existentes hasta ahora, no

representa ninguna peculiaridad distintiva del comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han estado sujetas a cambios históricos constantes, a transformaciones históricas continuas.

La Revolución Francesa, por ejemplo, ha abolido la propiedad feudal en favor de la propiedad burguesa.

Lo que distingue al comunismo no es la abolición de la propiedad en general sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la moderna propiedad privada burguesa es la última y la más acabada expresión del modo de producir y apropiarse las riquezas, basado en los antagonismos de clase, y en la explotación de unos por otros.

En este sentido los comunistas pueden resumir su teoría en una sola fórmula: abolición de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado, a los comunistas, el querer abolir la propiedad adquirida personalmente, ganada con el trabajo, la propiedad que consti-

tuye el fundamento de toda libertad, de toda actividad, de toda independencia individual.

¡Propiedad ganada con el trabajo, adquirida con esfuerzo personal! ¿Estais hablando de la propiedad del pequeño burgués, del pequeño labriego, que precedieron a la propiedad burguesa? No necesitamos abolirla; el progreso de la industria la ha abolido ya, la está aboliendo a diario.

¿O es que hablais de la propiedad privada moderna, burguesa?

El trabajo asalariado, el trabajo del proletario, ¿le crea a éste propiedad? De ningún modo. Crea el capital, es decir, la propiedad que explota el trabajo asalariado, que sólo puede medrar a condición de producir más trabajo asalariado para explotarlo de nuevo. La propiedad en su forma actual se mueve en el plano del antagonismo entre el capital y el trabajo asalariado. Veamos los dos extremos de este antagonismo.

Ser capitalista significa ocupar no solamente una posición personal en la producción sino una posición social. El capital es un producto co-

lectivo que sólo puede ser puesto en movimiento por la actividad mancomunada de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, aun de todos sus miembros.

De suerte que el capital no es un poder personal: es un poder social.

Por consiguiente, cuando el capital es convertido en propiedad común, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, ello no significa que la propiedad personal se convierta en propiedad social. Sólo el carácter social de la propiedad se transforma: pierde su carácter de clase

Pasemos al trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimum de salario, es decir, la suma de los medios de subsistencia necesarios para conservar la vida del obrero como tal. De modo que lo que el obrero asalariado adquiere mediante su actividad, sólo basta para mantener su escueta existencia. De ninguna manera queremos suprimir esta adquisición personal de los productos del trabajo, inherente al mantenimiento de la vida in-

mediata, adquisición que no deja ningún beneficio neto que pueda conferir poder sobre el trabajo ajeno. Queremos solamente abolir el carácter miserable de esta adquisición, en que el obrero vive únicamente para incrementar el capital y únicamente en tanto lo requiere el interés de la clase dominante.

En la sociedad burguesa el trabajo humano es tan sólo un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista el trabajo acumulado será tan sólo un medio de ampliar, de enriquecer y de estimular la existencia de los trabajadores.

De esta suerte, en la sociedad burguesa el pasado domina al presente; en la comunista, el presente, al pasado. En la sociedad burguesa el capital es personal e independiente, mientras que el individuo activo está sometido y su personalidad es nula.

¡Y es la abolición de tal estado de cosas lo que la burguesía llama abolición de la personalidad y de la libertad! Y con razón. Se trata, por

cierto, de la abolición de la personalidad, de la independencia y de la libertad burguesas.

La libertad, dentro de las actuales condiciones de producción burguesas, se entiende como comercio libre, compra y venta libres.

Mas al acabarse la chalanería se acaba también la libre chalanería. Las peroraciones sobre la libre chalanería, igual que todas las demás bravatas liberales de nuestros burgueses, sólo tienen sentido en contraste con la chalanería restringida, con el burgués avasallado de la Edad Media, pero no al tratarse de la abolición comunista de la chalanería, de las condiciones de producción burguesas y de la burguesía misma.

Os horroriza el que queramos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad actual la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente por el hecho de no existir para esas nueve décimas partes. De manera que nos reprochais el querer abolir una propiedad que presupone, como condición esencial, la ca-

rencia de propiedad para la inmensa mayoría de la población.

En una palabra, nos reprochais el querer abolir vuestra propiedad. Lo queremos, ciertamente.

Desde el instante en que el trabajo no puede ser convertido en capital, en dinero, en renta de la tierra, en una palabra, en poder social monopolizable, es decir, desde el instante en que la propiedad personal no puede trocarse en propiedad burguesa, desde este instante declarais que el individuo queda suprimido.

Confesais, por lo tanto, que al hablar del individuo no entendeis sino al burgués, al propietario burgués. Y este individuo, ciertamente, debe ser suprimido.

El comunismo no arrebata a nadie la facultad de apropiarse los productos sociales; suprime solamente la facultad de sojuzgar el trabajo ajeno mediante esta apropiación.

Se ha objetado que con la abolición de la libertad privada cesaría toda actividad, que cundiría una pereza general.

De ser así, tiempo ha que la burguesía habría sucumbido a la desidia; porque en su sistema los que trabajan no ganan y los que ganan no trabajan. Todo el reparo viene a caer en la tautología de que al no haber más capital, no hay más trabajo asalariado.

Todas las objeciones dirigidas en contra del sistema comunista de apropiación y de producción de las riquezas materiales fueron extendidas asimismo a la apropiación y la producción de los bienes espirituales. Así como para el burgués la desaparición de la propiedad de clase equivale a la desaparición de la producción misma, así la desaparición de la cultura de clase se identifica para él con la desaparición de la cultura en general.

La cultura cuya pérdida deplora, significa para la inmensa mayoría tan sólo su conversión en máquinas.

Pero dejaos de discutir con nosotros mientras interpretais la abolición de la propiedad burguesa según vuestros conceptos de libertad, de

cultura, de derecho, etc. Vuestras ideas mismas son producto de las condiciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho es tan sólo la voluntad de vuestra clase erigida en ley; una voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones de vida de vuestra clase.

El concepto interesado que os hace convertir vuestras condiciones de producción y de propiedad, dimanadas de circunstancias históricas transitorias en el curso de la producción, en leyes eternas de la Naturaleza y de la Razón, lo compartís con todas las clases dominantes hoy desaparecidas. Lo que concebís con respecto a la propiedad antigua o la propiedad feudal, no podeis concebirlo más respecto de la propiedad burguesa.

¡Abolición de la familia! Hasta los más radicales se indignan con este infame designio de los comunistas!

¿En qué se funda la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro personal. En su plenitud existe solamente para la burguesía; mas encuentra su complemento en la priva-

ción forzosa de familia para los proletarios y en la prostitución pública.

La familia de los burgueses deja naturalmente de existir al dejar de existir la de su complemento y las dos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprochais el querer abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen.

Pero, decís, los comunistas están suprimiendo las relaciones más entrañables al introducir la educación social en lugar de la educación doméstica.

Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educais a vuestros hijos, por la intromisión más o menos directa de la sociedad, mediante la escuela, etc. Los comunistas no inventan la ingerencia de la sociedad en la educación; modifican solamente su carácter: arrebatan la educación a la influencia de la clase dominante.

Las peroratas burguesas sobre la familia y la educación, sobre las entrañables relaciones entre padres e hijos, resultan tanto más repugnantes a medida que la gran industria destruye todos los lazos familiares entre los proletarios y convierte a los hijos en simples artículos de comercio e instrumentos de trabajo.

—Pero vosotros, los comunistas, queréis establecer la posesión colectiva de las mujeres — nos grita la burguesía entera, en coro.

El burgués ve en su mujer un mero instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser explotados colectivamente y naturalmente no puede imaginarse otra cosa sino que la suerte de la propiedad colectiva ha de alcanzar también a las mujeres.

No barrunta que se trata precisamente de abolir la condición de la mujer como mero instrumento de producción.

Nada más ridículo, por otra parte, que la indignación ultramoral de nuestros burgueses contra la colectividad oficial de las mujeres atribuída

a los comunistas. Los comunistas no necesitan introducir la colectividad de las mujeres: ha existido casi siempre.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de sus proletarios, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran su principal placer en seducir recíprocamente a sus esposas.

El matrimonio burgués es en realidad una comunidad de las esposas. A lo sumo podría reprocharse a los comunistas que en lugar de una comunidad hipócrita y disimulada de la mujer quieran establecer una comunidad franca y oficial. Por otra parte, se sobreentiende que con la abolición de las condiciones de producción actuales, desaparece también la comunidad de las mujeres derivada de ellas, es decir, la prostitución oficial y extraoficial.

Se reprocha asimismo a los comunistas el querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los trabajadores no tienen patria. No se les puede despojar de lo que no tienen. En tanto el

proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, erigirse en clase nacionalmente dominante, constituírse él mismo en nación, continúa todavía siendo nacional, si bien de ningún modo en el sentido burgués.

El aislamiento y los antagonismos nacionales de los pueblos desaparecen más y más con el mero desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de vida que les corresponden.

La dominación del proletariado los hará desaparecer aún más. Unidad de acción, al menos en los países civilizados, es una de las condiciones primordiales de la liberación de los trabajadores.

A medida que se vaya aboliendo la explotación de un individuo por otro, quedará abolida la explotación de una nación por otra.

Junto a la desaparición del antagonismo de clase en el seno de la nación, desaparecerá la recíproca hostilidad entre las naciones.

Las acusaciones contra el comunismo, formuladas desde puntos de vista religiosos, filosóficos e ideológicos en general, no merecen un examen más detenido.

¿Hay necesidad de una gran perspicacia para comprender que, al cambiar las condiciones de vida del hombre, sus relaciones sociales y su existencia social, cambian también sus ideas, sus criterios y sus conceptos, en una palabra, su conciencia?

La historia de las ideas ¿no demuestra que la producción espiritual se transforma con la material? Las ideas dominantes de una época fueron siempre tan sólo las ideas de la clase dominante.

Se habla de ideas que revolucionan a toda una sociedad; con ello se enuncia solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad han germinado los elementos de una sociedad nueva, que la disolución de las viejas condiciones de vida marcha a la par con la disolución de las viejas ideas.

Cuando el mundo antiguo entró en el ocaso, las antiguas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando las ideas cristianas sucumbían en el siglo XVIII a las ideas del racionalismo, la sociedad feudal libraba su última batalla con la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad religiosa, de libertad de conciencia, manifestaban tan sólo el triunfo de la libre competencia en el dominio del saber.

—Ciertamente — se nos dirá — las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., se modifican en el curso del desenvolvimiento histórico. Pero la religión, la moral, la filosofía, la política, y el derecho, se han sostenido siempre durante esos cambios.

—Fuera de eso hay verdades eternas, como la libertad, la justicia, etc., que son comunes a todas las condiciones sociales. Pero el comunismo, en vez de darles una forma nueva, suprime las verdades eternas; suprime la religión y la moral; luego, contradice todo el desenvolvimiento histórico habido hasta ahora.

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de toda sociedad se ha movido hasta ahora en el plano de los antagonismos de clase que en las diferentes épocas se presentaban bajo diferentes formas.

Mas cualquiera que haya sido la forma revestida, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos pasados. Por consiguiente no es de extrañar que la conciencia social de todas las edades se haya movido siempre, a despecho de toda diferencia y de toda diversidad, dentro de ciertas formas comunes, formas de conciencia, que sólo con la total disolución del antagonismo de clase llegan a disolverse completamente.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; no es de extrañar que en el curso de su desarrollo rompa del modo más radical con las ideas tradicionales.

Pero dejemos de lado las objeciones de la burguesía en contra del comunismo.

Ya hemos visto más arriba que el primer paso en la revolución obrera es la erección del proletariado en clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado empleará su poder político para arrebatar poco a poco todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para multiplicar con la mayor rapidez posible el volumen de las fuerzas productivas.

De primera intención, como es natural. esto sólo podrá llevarse a cabo mediante una intervención despótica en el derecho de propiedad y las condiciones de producción burguesas, es decir, con medidas que económicamente parecen insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasan a sí mismas y que son inevitables como medio de transformar todo el sistema de producción.

Estas medidas serán naturalmente distintas en los distintos países.

No obstante en los países más adelantados, podrán aplicarse en general las siguientes:

1. Expropiación de la tierra y destinación de la renta de los bienes raíces a los gastos del Estado.

2. Fuerte impuesto progresivo.

3. Abolición de la herencia.

4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y rebeldes.

5. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco Nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo.

6. Centralización de los transportes en manos del Estado.

7. Incremento de las fábricas nacionales y de los instrumentos de producción; roturación y mejoramiento de los suelos de acuerdo con un plan colectivo.

8. Trabajo obligatorio para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.

9. Explotación unificada de la agricultura y de la industria; adaptación de expedientes para

el allanamiento gradual de los distingos entre la ciudad y el campo.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo infantil en las fábricas, en su forma actual; combinación del sistema educativo con la producción material.

Una vez desaparecidos, en el curso de su desenvolvimiento, los antagonismos de clase y concentrada toda la producción en manos de individuos asociados, el poder público pierde su carácter político. El poder político, en el sentido propio de la palabra, es el poder organizado de una clase para la opresión de la otra. Cuando el proletariado en lucha contra la burguesía se constituye obligadamente en clase, cuando se erige por una revolución en clase dominante y, como clase dominante, suprime violentamente las antiguas condiciones de producción, entonces suprime, junto con esas condiciones de producción, las condiciones determinantes del antagonismo de clase, de las clases en general, y con ello su propia dominación como clase.

En lugar de la vieja sociedad burguesa con sus clases y sus antagonismos de clase, surge una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno es la condición del libre desenvolvimiento de todos.

III

LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

1. EL SOCIALISMO REACCIONARIO

a) El socialismo feudal

EN VIRTUD de su posición histórica, las aristocracias francesa e inglesa estaban destinadas a escribir libelos en contra de la sociedad burguesa moderna. En la revolución francesa de julio de 1830, en el movimiento reformista inglés, habían sucumbido una vez más ante el odiado advenedizo. Ya no había que pensar en una lucha política seria. Les quedaba únicamente la lucha literaria. Pero también en el terreno literario resultaba imposible ya la vieja fraseología de la época de la Restauración. Para despertar simpatía, la aristocracia hubo de olvidar, aparentemente, sus intereses y formular su acta de acusación contra la burguesía en nombre de los intere-

ses de la clase obrera explotada. De este modo se dió la satisfacción de poder desatarse en invectivas contra su nuevo amo y musitarle al oído profecías más o menos aciagas.

De tal suerte nació el socialismo feudal, mitad elegía, mitad libelo, mitad eco del pasado, mitad futura amenaza; a veces hiriendo a la burguesía en el corazón con su crítica amarga, ingeniosa y demoledora; siempre ridículo por su absoluta incapacidad de comprender la marcha de la historia moderna.

Para agrupar al pueblo en torno suyo, enarbolaron la proletaria alforja de mendigo a guisa de bandera; mas cuantas veces el pueblo les siguió, terminó por advertir el viejo blasón feudal en su trasero y se dispersó en medio de risas sonoras e irreverentes.

Una parte de los legitimistas franceses y la joven Inglaterra ofrecieron este espectáculo.

Cuando los señores feudales demuestran que su sistema de explotación estaba organizado de modo distinto del de la explotación burguesa, no

hacen más que olvidarse de que explotaban en condiciones completamente diferentes y hoy anticuadas. Cuando prueban que bajo su dominación no existía el proletariado moderno, no hacen más que olvidarse de que la burguesía moderna es precisamente un vástago inevitable de su orden social.

Por lo demás, ocultan tan poco el carácter reaccionario de su crítica, que su principal cargo contra la burguesía consiste precisamente en que bajo su régimen se está desarrollando una clase que hará saltar todo el antiguo orden social.

Reprochan a la burguesía mucho más el haber producido el proletariado revolucionario que el haber producido un proletariado en sí.

Por eso en la vida política participan en todas las medidas de represión contra la clase obrera, mientras que en la vida ordinaria se conforman, pese a toda su inflada fraseología, con recoger las manzanas de oro y cambalachear la fidelidad, el amor y la honra por lana, remolacha y aguardiente.

Así como el fraile marchaba siempre mano a mano con el señor feudal, así el socialismo clerical marcha mano a mano con el feudaloide.

Nada más fácil que darle al ascetismo cristiano un barniz socialista. El cristianismo ¿no ha fulminado a la propiedad privada, al matrimonio, al Estado? ¿No ha predicado en su lugar la caridad y la vida mendicante, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la Iglesia? El socialismo cristiano es tan sólo el agua bendita con que el fraile consagra el despecho del aristócrata.

b) El socialismo pequeñoburgués

LA ARISTOCRACIA feudal no es la única clase derrocada por la burguesía ni la única cuyas condiciones de existencia se han atrofiado y fenecido en la sociedad burguesa moderna. El villanaje y la clase de los pequeños labriegos fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países industrial y comercialmente menos desarrollados,

esta clase continúa vegetando junto a la burguesía naciente.

En los países en que se ha desarrollado la civilización moderna, se ha formado una clase pequeñoburguesa que oscila entre el proletariado y la burguesía. Como parte complementaria de la sociedad burguesa, dicha clase se reconstituye sin cesar, pero sus miembros son constantemente arrojados hacia el proletariado a causa de la competencia. Es más: con el progreso de la gran industria ven aproximarse el momento en que van a desaparecer del todo como fracción independiente de la sociedad moderna; en que van a ser reemplazados en el comercio, en la manufactura y en la agricultura por capataces y sirvientes.

En los países como Francia, en que la clase campesina constituye mucho más de la mitad de la población, era natural que los escritores que abogaban por el proletariado en contra de la burguesía, midiesen su crítica del régimen burgués por el rasero de la clase media o campesina y tomasen el partido de los obreros desde el punto

de vista pequeñoburgués. Así se formó el socialismo pequeñoburgués. El corifeo de esta literatura, lo mismo en Francia que en Inglaterra, es Sismondi.

Este socialismo analizó con gran sagacidad las contradicciones inherentes a las condiciones de producción modernas. Desenmascaró las falaces argucias de los economistas. Demostró irrefutablemente los efectos perniciosos de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración del capital y de la propiedad de la tierra, la sobreproducción, las crisis, la decadencia fatal del pequeño burgués y del labriego, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, la irritante desigualdad en la distribución de la riqueza, la aniquiladora guerra industrial entre las naciones, la disolución de las antiguas costumbres, de las antiguas relaciones de familia, de las antiguas nacionalidades.

Sin embargo, conforme a su contenido positivo, este socialismo, ora restablecerá los antiguos medios de producción y de tráfico, y con ellos las

antiguas relaciones de propiedad y la sociedad antigua, ora volverá a encuadrar a la fuerza los medios de producción y de tráfico modernos en el marco de las relaciones de propiedad antiguas. En ambos casos es reaccionario y utópico a la vez.

Sistema gremial en la manufactura y economía patriarcal en el campo, he aquí su última palabra.

En su desarrollo ulterior esta tendencia se ha extraviado en un cobarde amodorramiento.

c) El socialismo alemán o «verdadero»

LA LITERATURA socialista y comunista de Francia, que nació bajo la presión de una burguesía dominante y que es la expresión literaria de la lucha contra esta dominación, fué introducida en Alemania en el momento justo en que la burguesía comenzaba su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, seudo filósofos e intelectuales alemanes a la violeta se apoderaron ávidamente de esta

literatura, pero se olvidaron de que, al llegar de Francia a Alemania aquellas obras, no habían llegado al mismo tiempo las condiciones sociales francesas. Frente a las condiciones alemanas, la literatura francesa perdía todo significado práctico inmediato, tomando un aspecto puramente literario. No podía parecer sino una especulación ociosa sobre la realización del ser humano. De este modo, para los filósofos alemanes del siglo XVIII las reivindicaciones de la «razón práctica» en general, y las manifestaciones de la voluntad de la burguesía revolucionaria francesa significaban a sus ojos las leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como debe ser, de la voluntad verdaderamente humana.

La labor de los literatos alemanes consistió exclusivamente en armonizar las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o más bien en asimilarse las ideas francesas desde el punto de vista filosófico propio.

Esta asimilación se efectuó del mismo modo con que uno se asimila una lengua extraña: por la traducción.

Es sabido cómo los monjes recamaban los manuscritos en que se atesoraban las obras maestras del antiguo paganismo, superponiéndoles insulsas historias católicas de santos. Los literatos alemanes procedieron a la inversa respecto de la literatura profana francesa. Presentaban sus dislates filosóficos bajo el original francés. Así, bajo la crítica francesa de las condiciones del dinero, escribían: «enajenación del ser humano»; bajo la crítica francesa del Estado burgués escribían: «abolición del dominio de lo universal abstracto», etc.

La interpolación de esta fraseología filosófica en el pensamiento francés la bautizaron como «filosofía de la acción», «socialismo verdadero», «ciencia alemana del socialismo», «fundamentos filosóficos del socialismo», etc.

La literatura socialista y comunista francesa ha quedado, así, formalmente castrada. Y puesto que en manos alemanas dejó de expresar la lucha de una clase contra otra, el alemán llegó a convencerse de haber superado la «estrechez francesa»

y de haber defendido, en lugar de los intereses del proletariado, los intereses del ser humano, del hombre en general, del hombre que no pertenece a clase alguna, ni siquiera a la realidad, sino al cielo nebuloso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que tomó sus torpes ejercicios escolares tan en serio y con tanta solemnidad y que los trompeteó con tanta charlatanería, perdió, no obstante, poco a poco su pedantesca inocencia.

La lucha de la burguesía alemana, y particularmente de la prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, adquirió mayor seriedad.

Al socialismo «verdadero» se le presentó así la deseada ocasión para confrontar las reivindicaciones socialistas con el movimiento político; para lanzar los anatemas tradicionales contra el liberalismo, el Estado representativo, la competencia burguesa, la libertad de prensa burguesa, la libertad e igualdad burguesas; para predicar a las masas que con este movimiento burgués no te-

nían nada que ganar y más bien todo que perder. El socialismo alemán se olvidó a tiempo de que la crítica francesa, de la que era eco insípido, presuponía la sociedad burguesa moderna con las condiciones materiales de existencia correspondientes y una constitución política adecuada, requisitos todos que se trataba de reconquistar todavía en Alemania.

A los gobiernos absolutos de Alemania con su cortejo de frailes, maestros de escuela, hidalgüelos y burócratas, les sirvió este socialismo de espantajo contra la burguesía amenazante en su ascenso.

Constituyó el complemento dulzón de los amargos latigazos y balas de fusil con que los mismos gobiernos respondían a los levantamientos obreros.

De suerte que si el socialismo «verdadero» era, en manos de los gobiernos, un arma contra la burguesía alemana, entonces representaba también directamente los intereses de la reacción, los intereses del villanaje alemán. La pequeña

burguesía que, transmitida por el siglo XVI, resurge desde entonces siempre de nuevo bajo formas diferentes, constituye en Alemania la verdadera base social de la situación existente.

Su conservación es la conservación de la situación existente en Alemania. Teme que la dominación industrial y política de la burguesía acarree su ruina segura, por un lado, a consecuencia de la concentración del capital, por el otro, debido al desarrollo del proletariado revolucionario. El socialismo «verdadero» le parece capaz de matar los dos pájaros de un tiro. Se propagó como una epidemia.

La vestimenta tejida con telaraña especulativa, bordada de flores retóricas, empapada de rocío de amor, esta vestimenta sentimental con que los socialistas alemanes cubrían sus cuatro pedantescas «verdades eternas» sólo hizo aumentar la venta de su artículo entre este público.

Por su parte el socialismo alemán ha ido comprendiendo más y más su vocación de ser representante campanudo de ese villanaje.

Proclamó a la nación alemana como la nación modelo y al filisteo alemán como hombre ejemplar. A todas las infamias de éste les dió un sentido oculto, superior y socialista, allá donde significaban todo lo contrario. Sacó la última consecuencia al oponerse directamente a la tendencia «brutalmente destructora» del comunismo y al manifestar su imparcial superioridad por encima de toda lucha de clases. Todas las publicaciones pretendidamente socialistas y comunistas que circulan en Alemania, pertenecen, con muy pocas excepciones, a este género de literatura sucia y enervante.*

2. EL SOCIALISMO CONSERVADOR O BURGUÉS

UNA PARTE de la burguesía desea subsanar las anomalías sociales para asegurar la estabilidad de la sociedad burguesa.

* La tormenta revolucionaria de 1848 ha barrido con toda esta lastimosa escuela y quitado a sus exponentes toda gana de seguir haciendo socialismo. El principal representante y tipo clásico de esta tendencia es don Carlos Grün. [*Nota de F. Engels.*]

Pertenecen a ella economistas, filántropos, humanitarios, enmendadores de la situación de la clase obrera, organizadores de la beneficencia, protectores de los animales, fundadores de sociedades de templanza, reformadores de tres al cuarto de toda laya. Y este socialismo burgués llegó incluso a elaborar verdaderos sistemas.

Citemos como ejemplo la *Philosophie de la Misère*, de Proudhon.

Los socialistas burgueses quieren las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas ni los peligros que fatalmente surgen de ella. Quieren la sociedad existente, descontando los elementos que la subvierten y disuelven. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que domina como el mejor de los mundos. De esta representación consoladora fabrica el socialismo burgués un sistema más o menos completo. Cuando exhorta al proletariado a poner en práctica su sistema y hacer su entrada en la nueva Jerusalén, en el fondo sólo le exige que continúe

en la sociedad actual pero que abandone el concepto rencoroso que tiene de la misma.

Otra forma del socialismo, menos sistemática, sólo que más práctica, trató de malquistar a la clase obrera con todo movimiento revolucionario, demostrándole que no era tal o cual cambio político, sino solamente una modificación de las condiciones materiales de vida, de las condiciones económicas, la que podría serle útil. Empero, por modificación de las condiciones materiales de vida este socialismo no entiende en modo alguno la abolición del régimen de producción burgués, sólo posible por procedimientos revolucionarios, sino enmiendas administrativas efectuadas sobre la base de estas condiciones de producción, sin alterar, por lo tanto, en nada la relación entre el capital y el trabajo asalariado, y que, a lo sumo, le reducen a la burguesía los gastos de su dominación y simplifican su presupuesto nacional.

El socialismo burgués alcanza su expresión adecuada sólo en el momento de convertirse en una figura teórica.

¡Comercio libre! — en interés de la clase trabajadora; ¡aranceles proteccionistas! — en interés de la clase trabajadora: he aquí la última palabra del socialismo burgués, la única que ha pronunciado en serio.

El socialismo de la burguesía consiste precisamente en la afirmación de que los burgueses son burgueses — ¡en interés de la clase trabajadora!

3. EL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO CRÍTICO-UTÓPICOS

NO HABLAMOS aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas expresó las reivindicaciones del proletariado. (Los escritos de Baboeuf, etc.)

Las primeras tentativas directas del proletariado para hacer prevalecer sus propios intereses de clase en una época de agitación general, época del derrumbe de la sociedad feudal, fracasaron irremediablemente, tanto por falta de madurez del proletariado mismo como por ausencia de las

condiciones materiales de su emancipación, que son precisamente el producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña a estos primeros movimientos del proletariado es, por su contenido, necesariamente reaccionaria. Preconiza una ascética general y un igualitarismo grosero.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, sistemas de Saint-Simon, Fourier, Owen, etc., surgieron en el primer período rudimental de la lucha entre el proletariado y la burguesía, expuesto más arriba. (Véase *Burgueses y Proletarios*.)

Los inventores de estos sistemas no dejan de ver el antagonismo y la fuerza de los elementos disolventes en la sociedad dominante misma. Pero no advierten, por el lado proletario, ninguna independencia histórica, ningún movimiento político característico de él.

Puesto que el desarrollo del antagonismo de clases guarda el paso con el desarrollo de la industria, no encuentran tampoco las condiciones

materiales de la emancipación del proletariado y se empeñan en la búsqueda de una ciencia social y de leyes sociales para crear esas condiciones.

A la actividad social tiene que anteponerse su actividad inventiva; a las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; a la organización paulatina del proletariado en clase, una organización social empollada ex profeso. El porvenir de la historia se disuelve para ellos en la propaganda y la realización práctica de sus planes sociales.

Tienen, ciertamente, la conciencia de defender en sus planes principalmente los intereses de la clase trabajadora como la clase más sufrida. Sólo bajo este aspecto de la clase más sufrida existe el proletariado para ellos.

Pero la forma rudimental de la lucha de clases, así como sus propias condiciones de vida, les llevan a considerarse muy por encima de todo antagonismo de clase. Quieren mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad, hasta de los más privilegiados. Por eso

hacen constantes llamamientos a la sociedad entera sin distinción, mas con preferencia a la clase dominante. ¡Como que basta simplemente con comprender su sistema para reconocer en él el mejor plan posible para la mejor sociedad posible!

Por consiguiente repudian toda acción política y, en particular, toda acción revolucionaria; quieren lograr su fin por medios pacíficos y tratan de desbrozar el camino del nuevo evangelio social a fuerza de ejemplo y de pequeños experimentos que, naturalmente, fracasan.

El cuadro fantástico de la sociedad futura, expuesto en una época en que el proletariado, aun sumamente rudimental, concibe su propia situación de una manera también fantástica, tiene su origen en sus primeras e instintivas aspiraciones a una transformación general de la sociedad.

Sin embargo, los escritos socialistas y comunistas encierran también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad existente. Han aportado, por lo tanto, un material suma-

mente valioso para la ilustración de los trabajadores. Sus tesis positivas acerca de la sociedad futura, en el sentido de suprimir los distingos entre la ciudad y el campo, de abolir la familia, la ganancia privada y el trabajo asalariado, de proclamar la armonía social y la transformación del Estado en una simple gerencia de la producción — todas estas tesis expresan meramente la desaparición del antagonismo de clases, que apenas comienza a desarrollarse y al que apenas conocen en su primera vaguedad amorfa. Por consiguiente las mismas tesis tienen todavía un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y comunismo crítico-utópicos está en razón inversa del desarrollo histórico. A medida que la lucha de clases se va desarrollando y definiendo, todo este fantástico sentirse por encima de ella, esta fantástica impugnación de la misma, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. Por eso, aunque en muchos aspectos los autores de estos sistemas fueron revolucionarios, sus discípulos for-

man siempre sectas reaccionarias. Frente al desenvolvimiento histórico del proletariado, se aferran a las viejas concepciones de los maestros. En consecuencia tratan de entorpecer de nuevo la lucha de clases y de conciliar los antagonismos. Aún siguen soñando con la realización empírica de sus utopías sociales: fundación de falansterios aislados, establecimiento de *home-colonies*, creación de una pequeña Icaria* — edición de tres al cuarto de la nueva Jerusalén—y para edificar todos esos castillos en el aire tienen que hacer llamamientos al corazón y al bolsillo de la filantropía burguesa. Poco a poco van cayendo en la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores descritos más arriba, y se distinguen de éstos tan sólo por una pedantería más sistemática y una fe supersticiosa y fanática en los milagrosos efectos de su ciencia social.

* *Home-colonies* (colonias tierra adentro) llama Owen a sus sociedades comunistas modelo. Falansterio era el nombre de los palacios sociales planeados por Fourier. Llamábase Icaria el utópico país de fantasía, cuyas instituciones comunistas fueron descritas por Cabet. [*Nota de F. Engels.*]

Por eso se oponen con saña a todo movimiento político de los trabajadores, que no puede provenir sino de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio.

Los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia reaccionan contra los cartistas allá y contra los reformistas acá.

IV

ACTITUD DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS DIFERENTES PARTIDOS DE OPOSICION

SEGÚN lo expuesto en el capítulo II, la relación entre los comunistas y los partidos obreros ya constituídos se explica por sí misma y así también su posición frente a los cartistas en Inglaterrra y a los reformistas agrarios en Norteamérica.

Luchan por la consecución de los fines e intereses inmediatos de la clase trabajadora, pero al mismo tiempo representan en el movimiento actual el porvenir del movimiento.

En Francia los comunistas se unen al partido socialista-democrático* contra la burguesía con-

* El que se llamaba entonces en Francia partido socialista democrático estaba representado políticamente por Ledru-Rollin y literariamente por Louis Blanc; había, pues, una diferencia como de la noche al día entre él y la social-democracia alemana de hoy. [*Nota de F. Engels.*]

servadora y radical, sin renunciar por ello al derecho de adoptar una actitud crítica respecto de las frases e ilusiones provenientes de la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido se compone de elementos contradictorios, en parte de socialistas democráticos en el sentido francés, en parte de burgueses radicales.

Entre los polacos los comunistas apoyan al partido que considera una revolución agraria como condición de la liberación nacional, al mismo partido que organizó la insurrección de Cracovia en 1846.

En Alemania, tan pronto la burguesía adopta una actitud revolucionaria, el partido comunista lucha junto con la burguesía contra la monarquía absoluta, la propiedad feudal de la tierra y los pequeños burgueses.

Pero en ningún momento se olvida de labrar entre los obreros una conciencia lo más clara posible del antagonismo hostil entre la burguesía y el proletariado, a fin de que los trabajadores alemanes sepan convertir las condiciones sociales y políticas,

que la dominación burguesa forzosamente trae consigo, en otras tantas armas contra la burguesía; a fin de que después del derrocamiento de las clases reaccionarias en Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la propia burguesía.

Los comunistas concentran su principal atención en Alemania, por encontrarse Alemania en vísperas de una revolución burguesa y por llevarla a cabo en condiciones de civilización europea generalmente más avanzadas y con un proletariado mucho más desarrollado que los de Inglaterra en el siglo XVII y Francia en el XVIII; por todo lo cual la revolución burguesa alemana sólo puede ser el preludio inmediato de una revolución proletaria.

En una palabra, los comunistas apoyan en todas partes cualquier movimiento revolucionario contra las condiciones sociales y políticas existentes.

En todos estos movimientos ponen de relieve la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que pueda revestir, como la cuestión fundamental del movimiento.

Por último, los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el entendimiento entre los partidos democráticos de todos los países. Los comunistas consideran indigno de ellos disimular sus ideas y propósitos. Declaran abiertamente que sus fines sólo pueden lograrse por la subversión violenta de todo el orden social existente. Ya pueden temblar las clases dominantes ante una revolución comunista. Los proletarios nada tienen que perder en ella sino sus cadenas. Tienen un mundo por ganar.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS!

C O L O F O N

ACABOSE DE IMPRIMIR EN LAS PRENSAS DE LA EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A., A LOS CIEN AÑOS DE LA APARICIÓN DEL MANIFIESTO COMUNISTA, SANTIAGO DE CHILE, EN DICIEMBRE 1 9 4 8